

«Hay quien dice que es necesario tener buen ojo,
pero creo que cualquier ojo que vea es capaz de
distinguir si unas trenzas están rectas o si han
quedado algo torcidas».

*La doncella de una dama:
sus deberes y cómo llevarlos a cabo (1878)*

«De repente aparece el trono del Caos».
El paraíso perdido, de John Milton (1674)

London Evening Standard

EL ASESINATO DEL HIJO DE LOS GETHIN

Martes, 25 de junio de 1878

Hoy en el Tribunal Penal Central de Inglaterra se ha interrumpido un proceso judicial debido al alboroto que se ha desatado tras un giro inesperado en el juicio de los Gethin. Ayer se acusó a la señora Clara Gethin, la esposa del diputado Ralph Gethin, de haber asesinado a su hijo y de haber arrojado el cuerpo al río Támesis.

En el momento en que se ha desatado el alboroto, la acusación estaba interrogando a una antigua criada de los Gethin, que había trabajado en Finton Hall. El tribunal asistía al inquietante relato de cómo trataba la señora Gethin a su hijo cuando unos gritos de la galería del público han provocado que la señora Gethin se girase hacia la fuente del escándalo. Una joven chillaba de manera incoherente el nombre del niño asesinado. En cuanto la señora Gethin ha visto que dos agentes se llevaban a la mujer de la sala, se ha girado hacia el tribunal y ha decidido romper su silencio.



FINTON HALL



FEBRERO

Miércoles, 27 de febrero

He recibido una carta de Madre, como era de esperar.

Querida Harriet:

Te doy las gracias por el dinero que nos enviaste la semana pasada; habría sido mejor para todos si lo hubieras traído tú misma, en persona. Tu carta me ha preocupado, no voy a fingir lo contrario, y sabes por qué. ¿Qué les voy a decir a tu padre y a tus hermanas?

Debes saber que tu padre no se encuentra mejor. Ayer el doctor me llevó aparte para decirme que sus pulmones se han debilitado hasta el punto de que quizá le sea imposible trabajar durante varios meses, si es que llega a poder en algún momento. Los últimos años en la cantera han hecho mella en él... Yo siempre he dicho que excavar los campos en busca de piedras no traería nada bueno, y ahora me han contado que también pretenden construir una siderurgia. Sería mucho mejor para tu familia. Tu hermana pequeña entrará como criada en la recocina de Beechwood, pero ya sabes lo poco que cabe esperar de esa casa. Tu dinero servirá por lo menos para pagar los delantales y las cofias que necesita. El resto habrá que guardarlo para el doctor. James Stanworth, que siempre ha sido muy bueno con nosotros, se marcha a América, y no podemos fiarnos para siempre de la bondad de *lady* Stanworth.

De no haber sido porque William te está esperando, daría las gracias por que hayas encontrado tan buen lugar. Le he preguntado al nuevo mayordomo de Beechwood si conoce al señor y a la señora Gethin (he fingido preguntar por el hijo del primo de tu padre, esa es la desdichada posición en la que me has puesto), y me ha dicho que en Londres se habla largo y tendido de las buenas obras del señor Gethin en lo referente al campo y a sus trabajadores, con sus ideas modernas. Pero no hay motivo alguno para que sigas formando parte del servicio, Harriet. Como bien debes de saber, William será nombrado jardinero jefe y dispondrá de la cabaña de Mill Lane. Podrías intentar consolar a tu padre y darnos a todos tranquilidad mental. Solamente espero que no te hayas perdido de vista a ti misma. William sigue siendo muy amable y encantador con nosotros, pero esa es otra cosa de la que no podemos fiarnos eternamente.

Con cariño,
Madre

MARZO

Viernes, 1 de marzo

Me encuentro en el suelo de la alacena, así que, si alguien entra en la cocina, no me verá. En el armario hay un cajón donde guardo esta libreta, pero le buscaré un nuevo escondrijo ahora que en sus páginas hay algo que merece la pena leer. Es perfecta y pesada, con las tapas verdes, y una parte de mí teme que quiera caer en mejores manos. He esperado a tener un minuto de calma o a que sucediese algo que fuera digno de interrumpir la preciosa blancura de la página, pero en Finton Hall no hay paz ni interés de ningún tipo. De ahí que haya comenzado a escribir con esta sinceridad, garabateando a toda prisa todo cuanto me viene a la mente, sentada entre un saco de remolachas y una vieja lechera. La señora B. me regaló la libreta en Gloucester Square, aproximadamente un mes antes de fallecer. Me dijo que mi escritura mejoraría si empezaba un diario que mostrarle. Pensé que tan solo quería enterarse de primera mano de los chismes de los criados, pero tal vez debería haberle hecho caso; mi letra está tan apretada y es tan irregular que parece avergonzarse de sí misma.

En estos momentos, debería estar fregando los platos, pero cuando he bajado a la cocina he visto que no había nadie. La señora Clarkson está descansando un poco y Mary está limpiando las habitaciones del piso de arriba, si se puede denominar «limpiar» a lo que hace. Laurence se ha escabullido Dios sabe dónde, probablemente ha ido a tratar con prepotencia al mozo de

cuadras, cuando debería estar preparado para abrirles la puerta a los visitantes. Aunque nadie visita la casa. Habrá regresado antes de que la señora Clarkson asome de nuevo su rostro grande y redondo, eso seguro. La señora Clarkson pronuncia su propio nombre con un acento raro. En teoría se debe al tiempo que estuvo trabajando en Francia, pero a mí me hizo sonreír cuando la oí por primera vez, sobre todo porque tiene la cara muy redonda, como si fuera la esfera de un reloj bonito. No debería haberlo hecho. «¿Qué te parece tan divertido, Harriet?», me preguntó. Aunque sonó a: «¿Qué te *paguece* tan *divegtido*, *Haguiet*?», lo cual no ayudó.

* * *

Alguien ha entrado en la cocina, y no me he levantado de inmediato —me duelen los pies, como si me hubieran dado un buen golpe—, así que ahora ya no puedo hacerlo. No sé de quién se trata. Es una persona muy sigilosa; no dejo de pensar que ya se habrá ido, pero de vez en cuando oigo un suspiro o algún que otro movimiento.

Si me atrapan aquí, me meteré en apuros. La señora Clarkson no se parece tan solo físicamente a la esfera de un reloj: es quien dicta todos nuestros horarios. No sé cómo, pero da la sensación de que devora los minutos como si siempre anduviera con prisas. Por más que trabaje con ahínco, siempre voy atrasada. Duncan, el cochero, dice que es trabajo de la señora Clarkson escoger a los sirvientes de la casa, y que está desencajada porque la señora de la casa me dio trabajo sin comentárselo. Me lo creo. Le encanta decir la maravillosa ama de llaves que es y cómo el señor la contrató en el acto en cuanto la oyó soltarle al afilador de cuchillos una regañina de órdago en su anterior empleo. Sea cual sea la razón, no le caigo bien. Esta mañana, se me ha acercado de puntillas cuando estaba fregando el suelo y ha utilizado

un pie para indicarme los lugares donde debía esforzarme más, y luego me ha dado una fuerte patada en la pierna para que me diese prisa. Me he girado y me la he quedado mirando, algo que no le ha gustado en absoluto.

—A mí no me mires con los ojos entornados. —Y luego ha añadido algo en francés—. Hay mucho trabajo que hacer antes de que el señor vuelva a casa.

Siempre tan engreída. Le he respondido que me resultaba mucho más fácil trabajar deprisa si no me asestaban puntapiés. Ha entrecerrado los ojos y me ha dedicado una sonrisa repugnante.

—No nos tendremos que preocupar por ello cuando el señor haya regresado. Ya verás cómo no querrá ver a una muchacha como tú en las plantas de arriba.

Me ha mirado con una extraña maldad y me ha encargado tres nuevas tareas antes de que pudiera preguntarle a qué se refería. No es la primera vez que dice algo semejante sobre el señor. No sé qué parte de mí le resultará tan espantosa, pero la duda arroja una sombra inquietante sobre mi estancia en la casa. Lo que siempre me alegra y me endereza el día es limpiar el cuarto de los niños y subirle la comida a Lizzie, la nodriza. Es más agradable que los demás criados, y así tengo ocasión de ver al bebé, que ya me ha conquistado de mil maneras distintas...

* * *

Alguien ha intentado abrir uno de los cajones atascados del armario. Y luego ha vuelto el silencio.

El trabajo en sí mismo es casi tan duro como era en casa de los Henshaw, aunque es una casa mucho más grande, desde luego, y yo prefiero limpiar objetos bonitos que las habitaciones viejas, oscuras y malolientes de la otra casona. Lo que hay en las plantas de arriba es precioso; cada estancia luce un color distinto que

eclipsa todos los demás, así que cuando estoy en la sala del desayuno creo que jamás podré ser feliz sin verme envuelta en amarillo y cuando estoy en el salón principal no concibo que haya nada más precioso que contemplar que el azul; ese tipo de azul que vemos en el ocaso, oscuro e intenso, pero con cierta luz. Cubre las paredes y fluye sobre los adornos y los cuadros. Hay una pintura marítima con olas de un azul potente que rompen contra las rocas —«Primera imagen de América», se llama—, y cada vez que la contemplo me asombra la facilidad con que James Stanworth puede marcharse y ver lugares como aquel, mientras que yo sigo atrapada quitándole el polvo a un cuadro. Es tan probable que yo viaje a América como que vuele hasta la luna.

En estos momentos, estamos poniendo la casa patas arriba, quitando las alfombras y descolgando las pinturas para poder limpiar como Dios manda, así que he estado tan cerca de los cuadros que habría podido darle un beso a alguno de los retratos... Hay un chiquillo negro con librea azul y un collar metálico en el cuello, así como un caballero con unos ojos del azul claro que me encantaría ver en realidad en un rostro auténtico. Solo el retrato de la señora parece fuera de lugar, pues es más pequeño y lleva un vestido verde...

* * *

¡Era ella la que estaba en la cocina! La señora Gethin. Dios sabe qué hacía husmeando por allí. Justo cuando he comenzado a escribir sobre ella, ha empezado a tararear para sí, y me he inclinado hacia delante lo justo para atisbar sus faldas. De seda marrón oscuro, claramente impropias de una criada. Me ha parecido que me convertía en un ratón que asoma la cabeza por un agujero a la espera de la llegada de un gato. El corazón me ha empezado a martillar. Ya se ha marchado.

Antes he escrito que aquí no sucede nada interesante, pero

no es cierto, solo que no la he visto desde que llegué, no desde que fue a visitar a la señora B. El señor está en Londres, es un miembro del Parlamento, así que en la casa solo está la señora. Me da muchísimo miedo que se haya olvidado de mí y que no vuelva a verla nunca —en esta casa, las plantas de arriba y la de abajo son dos mundos distintos—, y que solamente me quede su retrato que contemplar, como he hecho antes. Hace tiempo, el cuadro se encontraba en el salón de Gloucester Square, y me costaba apartar los ojos del lienzo; en él, la señora tendrá unos dieciséis años, lleva un vestido verde de gasa y está sentada en un rincón de un jardín bajo el sol, una escena tan preciosa que el mero hecho de observarla me calentaba la piel. Pero era su expresión lo que me dejaba absorta, como si esperase ver algo que fuera tan maravilloso como imposible, como el final de un arcoíris o un elefante. De hecho, hubo una vez en que miré hacia atrás —jamás se lo contaré a nadie— y me llevé una decepción al no ver más que el anodino reloj de pared y los apliques que necesitaban que los limpiara.

El cuadro lo pintaron en Italia, y esa es la razón por la que la luz es tan cálida. La señora B. me contó que la señora Gethin forma parte de una familia de alta alcurnia que se vio obligada a trasladarse a otro país porque perdieron todo su dinero, y, cuando sus padres murieron, se fue a Gloucester Square a vivir con la señora B. No sé qué vínculo las une, pero son parientes. Me comprime el corazón un poco que la muchacha de verde haya terminado aquí. No querría verla en estas estancias, mirando por las mismas ventanas que yo. Ni siquiera vemos arcoíris normales y corrientes. Creo que piensa lo mismo que yo. Annie ya era la cocinera antes de que yo llegase a la casa y me contó que la señora Gethin y la señora B. riñeron porque la señora B. pensaba que no debía casarse con el señor Gethin. Lo único que sé es que nunca ha venido a visitarla desde que se casó. Hasta que

el verano pasado le mandó una nota y le propuso que tomaran el té juntas.

Más tarde

Otra persona ha entrado en la cocina, así que he dado un salto rápido para incorporarme y he escondido mis útiles de escritura detrás de un plato, en el fondo de un estante. Al hacerlo, he derribado una jarra, que ha caído al suelo. No se ha roto, a Dios gracias, pero ya no he podido seguir escondida. Mary ha venido enseguida a preguntarme qué estaba haciendo, y le he contestado que estaba buscando dónde guardaban la arena para las cacerolas grandes. Me ha dicho que no había ninguna cacerola grande por fregar, eso era cierto, así que le he respondido que se me había ocurrido que a lo mejor tendría que fregar una en algún momento y quería familiarizarme con todo.

Mary tiene cara de ratita, pero es muy guapa, si eso no resulta demasiado extraño. Tiene el pelo castaño y una nariz delicada y puntiaguda, así como ojillos pequeños y brillantes. Y ni una sola peca, a diferencia de mí. Casi puedo imaginármela husmeando el aire con el hocico y los bigotes para intentar descubrir qué es lo que estaba haciendo. Es un poco más joven que yo, creo que tiene diecisiete años, aunque es mi superiora, ahora que yo también trabajo aquí, y siempre está vigilante. Fue ella quien la semana pasada me enseñó la casa. «Aquí está la recocina» o «Aquí está el zaguán», me dijo mientras me miraba como si estuviera diciendo algo distinto. Siempre se dirige a mí de esa forma, como si no pudiera creer mi presencia en la casa, y tal vez sea así, pues es la sobrina de la señora Clarkson.

Me parece extraño estar escribiendo sobre ella en esta libreta cuando debería estar arriba compartiendo habitación. Es arriesgado, como si estuviera contándole todo esto a una persona que sé que es incapaz de guardar un secreto. Ni siquiera sé a quién le dirijo mis palabras, ahora que la señora B. ya no está. Ha sido la primera ocasión que he tenido de ponerme de nuevo a escribir; he merodeado por la oscuridad con una vela, con cuidado para no tirar nada al suelo. Todo el mundo se ha acostado ya, así que en la mesa de los criados solo estoy yo, en un inestable haz de luz, como tantas otras noches, pues la señora Clarkson siempre me da labores que hacer después de cenar y luego tengo que fregar hasta casi la madrugada. Dice que cualquier muchacha a la que ella ha enseñado lo habría terminado todo a las nueve y que si soy lenta es porque soy torpe. Lo cierto es que en esta casa soy una criada encargada de no pocas funciones. Tengo las manos casi tan agrietadas y encallecidas como en casa de los Henshaw. Pero ahora me avergonzaría coser un botón en los puños de la señora Gethin, por más que en Gloucester Square también viera entonces lo rojos que tenía los dedos contra la piel blanca y las venas azules de su muñeca. Jamás había estado tan cerca de una dama y recuerdo sentirme tan embelesada como cuando era pequeña y me regalaron una muñeca. Tocar el dobladillo de su vestido perfecto y recolocarle el bonete a placer llenaba mi corazoncito de un fervor casi religioso y de un deseo feroz de protegerla.

En casa de la señora B. no eran habituales las visitas. Creo que Annie pensaba que recibir una visita, y nada menos que dos veces, era una injusticia. Resopló abiertamente cuando cogió un libro de recetas de un estante para preparar unas galletas decoradas con elegancia (y juraría haber visto telarañas). Su arrebató de furia me hizo reír, lo cual me ayudó mucho, porque estaba nerviosa ante la posibilidad de conocer a la muchacha del cua-

dro. Por aquel entonces, yo solo había trabajado en una casa de huéspedes y nunca había servido a una dama —solo a la señora B., que estaba como un cencerro, así que no contaba—.

No lo hice nada mal. No se me cayó nada al suelo ni golpeé los muebles. La señora Gethin, que ya se había casado, no tenía dieciséis años, por supuesto. Más bien veintiséis, y lucía un vestido holgado y gris que casi ocultaba su estado; yo me di cuenta porque, como era muy tímida, no dejé de bajar la vista y al final reparé en su barriga ligeramente hinchada. Lo que vi en su rostro me confirmó que seguía siendo bella y joven, pero que estaba preocupada. Cuando les llevé el té, estaba hablando con la señora B. sobre su doncella. No me enteré de qué había pasado exactamente, pero sin duda había habido algún malentendido y la señora había acudido a Londres para buscarla. Pensé que era conmovedor que se tomara tantas molestias por una criada.

Cuando regresé para recoger los platos, la señora B. estaba tocando al piano una pieza triste con cierta torpeza. La historia de la doncella la había afectado (aunque más tarde me dijo que la señora Gethin solo le había referido vagamente lo sucedido). La señora Gethin estaba con los ojos clavados en la alfombra. Parecía un tanto demacrada, pero podría deberse a la forma de tocar de la señora B. Pasé la vista de ella al cuadro; era imposible no comparar los mismos rasgos después de tantos años y bajo una luz distinta. Estaba tan quieta que daba la impresión de que no era consciente de mi presencia, pero al mirar atrás vi que me estaba mirando fijamente. Me puso tan nerviosa que me quedé paralizada, medio inclinada sobre la mesa para recoger la bandeja, y las palabras salieron en tromba de mi boca.

—A menudo me he preguntado, señora...

Su expresión no cambió.

—A menudo me he preguntado qué estaba mirando en ese cuadro.

Se quedó observando el retrato durante tanto rato que pensé que se había olvidado de mí. Cuando sus ojos se clavaron de nuevo en los míos, algo había cambiado en los suyos, eran como dos pozos negros después de haber arrojado una piedra.

—No me acuerdo. ¿Qué crees que estoy mirando?

Su pregunta me puso más nerviosa todavía. Una palabra horrible me inundó la cabeza hasta el punto de que era o pronunciarla o guardar silencio. Terminé mascullándola.

—Un elefante, quizá.

Su carcajada, repentina y sumamente traviesa, sobresaltó a la señora B., que seguía tocando. La anciana miró hacia nosotras y se rio sin comprender. Noté cómo me ruborizaba.

—Me refiero a algo parecido a eso. A algo que a nadie se le ocurriría nunca. —Supe que mi propia voz sonaba enfurruñada—. Es solo que... me gustaría ver qué era eso que la hacía observar de esa forma, nada más. Señora.

Cogí la bandeja cuando la señora B. se dirigió a nosotras y salí huyendo hacia la cocina. Más tarde, en la puerta principal por la que se marchaba, la señora Gethin me dejó boquiabierta al ponerme una mano en el brazo.

—Gracias por fijarte en mi viejo retrato.

Su rostro parecía menos demacrado y sus ojos habían recobrado el brillo del cuadro.

—Me da la impresión de que durante mucho tiempo he tenido una amiga y no lo sabía. Como si todavía fuese...

No acabó la frase, se limitó a sonreír ligeramente como para responder a su propia absurdidad. En cuanto se hubo marchado, me quedé contemplando el retrato con más atención. Me carcomía que fuese incapaz de recordar lo que estaba mirando en esa escena, pero la idea de que pudiéramos ser amigas se desplegó en mi interior como una rosa diminuta, hermosa y delicada.

Al cabo de unos pocos días, regresó. No había encontrado a su

criada desaparecida y estaba muy cansada. Ese día yo no estaba de buen humor. William había escrito para decir que iba a hacerse con el puesto de jardinero cuando el señor Noakes se jubilase en primavera. Eso significaba que nos podríamos casar mucho antes de lo esperado. Annie abrió las provisiones de brandi de la señora B. para celebrarlo (a la mañana siguiente, vomité en la jofaina), pero no pude decirle que la carta de él había sido una sorpresa y no de las agradables; yo misma seguía impactada. Esa noche, tumbada en la cama, analicé todos mis pensamientos en busca del culpable de esa situación. Durante la Pascua no me había sentido diferente. Él era el mismo de siempre: grande, franco, tierno a veces. No recuerdo una época sin él. Al principio fue como un hermano mayor y después... No sé cuándo ocurrió el cambio. Es como si durante toda mi vida hubiéramos aceptado lo inevitable. Algún día, cuando pudiera mantenernos, nos casaríamos y tendríamos hijos. Algún día.

Creo que fue la muchacha del cuadro vestida de verde la que me obligó a admitir lo poco preparada que estoy para volver a casa y casarme. La expresión que tiene en el cuadro... Por primera vez, me negaba a contemplar la pintura. La carta de William debería haberme insuflado la misma esperanza en los ojos, pero no era así, y por eso me sentía culpable. Y aún me siento, como si hubiera fracasado en algo importante. Cuando la señora Gethin regresó, la contemplé tanto como pude, como si así fuera a encontrar una respuesta en la versión mayor de aquel cuadro, algo que explicara mis sentimientos o que me aconsejara qué hacer. Su rostro agobiado no me ofreció demasiado consuelo, pero me generó más curiosidad hacia lo que le sucedía. Me parecía que sus cargas eran dignas merecedoras de mi atención; más importantes y con más significado de todo lo que pudiera ofrecerme vivir en Mill Lane, en una cabaña con William. En el momento en que llegó, la señora B. estaba acos-

tada —ya enferma por aquel entonces— y, cuando llevé el té, la señora Gethin recorría la estancia de un lado a otro y jugueteaba con los botones de su manga izquierda. Y fui más valiente de lo que había sido nunca.

—¿Puedo ayudarla, señora?

Se detuvo y miró hacia mí. Le hice señas.

—Ah.

Tomó asiento abruptamente en el sofá y extendió el brazo. Yo también debí sentarme en el extremo, y me embargó una sensación extraña y fiera al sujetarle la muñeca. El puño estaba rígido y había que coser el botón. Cuidar a la señora B. era un placer, así como evitar que pasara frío y limpiarle las migas que no podía evitar que le cayeran encima, pero aquello fue distinto. La calidad de la persona de la señora Gethin, su piel suave y su aroma cálido, parecía agitar el aire que la envolvía con una música oculta. Al arreglarle aquel minúsculo pedazo de su vestuario, me sentí como la criada de una diosa.

—¿Eres feliz aquí?

La pregunta surgió de la nada. Ahora creo que quizá solo se debió a que la mujer estaba enormemente preocupada por los apuros de su propia criada.

—Sí, señora, mucho.

Me daba mucha vergüenza mirarla, pero notaba cómo ella clavaba los ojos en mí.

—¿Qué harás cuando *lady* Berrington ya no esté con nosotros?

Nadie había hablado nunca con tanta sinceridad acerca de la muerte de la señora B. Me descolocó un poco.

—Pues debería volver a casa, señora...

Había querido añadir «y casarme», pero aquellas dos palabras murieron en mi garganta.

—¿Deberías?

Su atención se aguzó.

—¿Hay alguna razón especial para ello?

Respiré hondo y se lo conté.

—Voy a casarme, señora.

El hilo por fin consiguió afianzar el botón, pero no la solté. La mayoría de la gente sonrío y me desea lo mejor cuando se lo digo. Pero la señora Gethin no lo hizo. Se inclinó un poco hacia delante.

—¿No es lo que deseas?

—¡Sí, sí, señora!

Le solté el puño al instante y levanté la vista. Una especie de temor me había apresado.

—¡De veras! Ha sido un compromiso muy largo, y yo... Es que...

Mis ojos, como si tuvieran vida propia, se dirigieron hacia la muchacha de verde. La señora Gethin también observó el retrato y luego se volvió hacia mí de nuevo. Me horrorizó notar cómo me ardían las lágrimas. Al cabo de unos segundos, me había cogido la mano —la suya era suave como la seda— y se había acercado a mí. Después de un breve silencio, habló en voz baja.

—Piénsalo bien. Tu vida es tuya. Debes hacer lo que deseas. Si acaso...

Se giró hacia el cuadro en busca de inspiración. Yo contuve la respiración, me asustaba que pudiera soltarme la mano.

—Si te encuentras en una situación... en la que alguien te retrata, por ejemplo, y hay algo fuera del marco que te llama...

Levantó los dedos hacia mi barbilla e inclinó ligeramente mi rostro hacia el suyo.

—Por todos los cielos, debes perseguirlo.

Me miró con tanta ternura y sinceridad que creo que me habría echado a llorar y le habría contado lo de la carta de William y mi extraña reticencia si la señora B. no hubiera elegido ese preciso instante para entrar en la sala.

La señora Gethin regresó a Finton Hall poco después, y ya no volví a verla. Enterré sus palabras en mi corazón a modo de tesoro. A veces las extraigo para analizarlas e intentar descubrir su significado, aunque sé que jamás podré hacerles caso. Mi mundo es distinto al suyo. Le escribí a William que no podía dejar a la señora B. en lo que probablemente fuese la enfermedad que acabaría con ella e hice cuanto estuvo en mis manos para mantener con vida a la anciana; por su bien, por supuesto, pero también por el mío. Me pasé horas leyéndole a John Milton y contándole chismes a los pies de su cama para evitar que su vieja mente se apagase. Annie creía que yo pretendía que me dejase algo en su testamento.

Y más o menos cuando me dio este diario fue cuando la señora B. me contó que había una vacante de criada en Finton Hall. Recuerdo sonreír para mis adentros; aun moribunda quería tener un papel en la vida de los demás. Pero cuando me incliné sobre la cama y le cogí la mano para hablar con ella y recordarle el acuerdo con William, vi que sus ojos ya no irradiaban su brillo habitual. Me miraba con una franqueza que me dejó sin habla.

—Contigo estará a salvo. Tú cuidarás de ella. Y conseguirás que se reponga y vuelva a ser la que era.

Fueron unas palabras muy extrañas, incluso para ella. Asentí como hacía siempre, pero me cogió la mano y me la apretó con una fuerza que me sorprendió. Sus ojos no parecían suyos y me observaban de forma muy rara.

—Prométemelo, Harriet.

Asentí de nuevo. ¿Qué iba a hacer si no? Su urgencia me provocó un estremecimiento de algo parecido al miedo. A menudo he pensado en ello. ¿Cómo era posible que una dama como la señora Gethin, que vivía en Finton Hall, no estuviera a salvo? Pero en esos instantes me sumergí en el embrujo de la señora B. Recordé la sensación de gracia y propósito que experimenté

por el mero hecho de coserle el botón a la señora Gethin, como si algo me hubiese indicado que necesitaba protección. No hice nada al respecto hasta poco después de la muerte de la señora B., cuando la señora Gethin mandó una carta con órdenes para que le llevase el retrato, como si yo ya hubiera aceptado el puesto. En su misiva decía que estaría encantada de ver tanto el retrato como a mí una vez más. Un cuadro y las extravagancias de una anciana son razones absurdas para aceptar un trabajo, lo sé. Volver a casa junto a William es una cuestión de tiempo, no una posibilidad, pero la idea de empaquetar el cuadro con ese rostro y no llevarlo hasta la mujer que había posado para el pintor, y que vivía en Finton Hall, enrareció el aire.

Y aquí estoy ahora, igual que el retrato, en una sala de estar mucho más grande, y no he vuelto a ver un atisbo de la señora hasta hoy. Empiezo a preguntarme si imaginé su amabilidad. Si no sale a dar una vuelta en carruaje o a pasear, suele quedarse en sus aposentos. Mary dice que es una mujer complicada, que cambia constantemente de opinión y que inventa normas que no tienen sentido alguno —hay que encender esa vela en su cuarto pero nunca aquella otra, no hay que tocar los libros de la biblioteca, etcétera—. Me pareció que añadiría algo más, algo peor sobre la señora, pero se detuvo. No me molesté en preguntárselo. Esperar a encontrarme nuevamente con la señora Gethin me ha vuelto escueta en el trato con los demás criados, pues no me interesan, e impaciente por trabajar, como si me hubieran prometido algo más que las labores propias de una criada. Sé lo ridículo que suena. Las cartas de perplejidad de William solo sirven para que me aferre a este lugar con más terquedad.

No encuentro las ganas de ir a la cama. Hay mucho silencio. En casa de la señora B. siempre había alguien trajinando o un carruaje pasando por delante en cualquier momento de la noche. Y sonaban chasquidos y traqueteos en la casa contigua. Aquí el